ciclo
MUESTRA DEL AUDIOVISUAL ANDALUZ

27 MAR 19:00 | 30 VIE 18:00

Viaje al cuarto de una madre

Celia Rico Clavellino. España. 2018. 90 min. Color. v.o.e.

FICHA TÉCNICA

Título original: *Viaje al cuarto de una madre.*
Nacionalidad: España. **Año de producción:** 2018.
Dirección: Celia Rico Clavellino.
Guión: Celia Rico Clavellino.
Producción: Amorós Producciones / Arcadia Motion Pictures / Canal Sur Televisión / Noodles Production / Pecado Films / Sisifo Films AIE / Televisión Española (TVE).
Productor: Josep Amorós, Ibon Cormenzana.
Fotografía: Santiago Racaj.
Montaje: Fernando Franco.
Ayte. de dirección: Ana Hernando.
Sonido: Albert Manera, Marc Orts, Joaquín Pachón, Amanda Villavieja.
Director artístico: Mireia Carles.
Vestuario: Vinyet Escobar.
Maquillaje: Carmen Arbues-Miro.
Decorados: Ferran Navarro-Beltran.
Intérpretes: Anna Castillo, Lola Dueñas, Pedro Casablanc, Adelfa Calvo, Marisol Membrillo, Susana Abaitua, Ana Mena, Silvia Casanova, Maika Barroso, Noemí Hopper.
Duración: 90 min. **Versión:** v.o.e. Color.

SINOPSIS

Leonor (Anna Castillo) quiere marcharse de casa, pero no se atreve a decírselo a su madre. Estrella (Lola Dueñas) no quiere que se vaya, pero tampoco es capaz de retenerla a su lado. Madre e hija tendrán que afrontar esa nueva etapa de la vida en la que su mundo en común se tambalea.

COMENTARIO

Esta historia surge de una sensación física, como hija que se desprende del nido familiar: el confortable calor con el que las faldas de una mesa-camilla me resguardaban del frío. O me aprisionaban. No era fácil salir de aquel brasero. Podría haberme pasado horas durmiendo la siesta bajo su regazo, cómodamente, mientras la vida transcurría en otra parte, lejos del confort de la casa de mis padres.
Ésta es una película íntima, familiar, sobre este paso necesario, aunque no siempre fácil, que se produce en todas las relaciones entre padres e hijos. Los hijos siempre se marchan de casa. Es ley de vida, dice la expresión. Y aún así, no hay ninguna fórmula segura para emprender este viaje.
Pero en este viaje no solo se embarcan los que se van. Cuando nos marchamos, dejamos un vacío enorme entre las cuatro paredes de una casa que nadie sabe cómo rellenar. Es ahí, en ese lugar, donde quise asomarme para pensar en la relación a distancia entre una madre y una hija. Son muchas las películas que han retratado el proceso de emancipación de los jóvenes en búsqueda de independencia, pero muy pocas han explorado la otra cara de este viaje, la de los padres que se quedan atrás.
"Viaje al cuarto de una madre" es una película sobre los lazos familiares que constantemente nos unen y nos separan, nos hacen fuertes y a la vez tan frágiles. Una película sobre los apegos y las distancias entre una madre y una hija que emprenden un doble viaje para descubrir lo complejo que es quererse.
Decía Yasujirô Ozu que la tragedia de la vida comienza con el vínculo afectivo entre padres e hijos. Querer bien, sin coartar al otro ni renunciar a uno mismo, quizá sea una de las tareas más difíciles en las relaciones paterno-filiares. Esta película pretende capturar esos momentos delicados de la vida donde el amor se revela en el saber alejarse, en el dejar ir.

Escribir la película

Después de "Luisa no está en casa" empecé a escribir pequeñas escenas de personajes solos en sus habitaciones, siguiendo la estela de lo que formal y temáticamente había explorado en el cortometraje. Siempre parto de la casa, que para mí es el espacio protegido, amable, donde compartir algo al calor de las personas cercanas. Cuando nada se comparte o no hay un centro de calidez o franqueza, hasta en el espacio protegido uno se siente desorientado, a la intemperie. Un tiempo después, retomé aquellas escenas íntimas y decidí centrarme solo en una de ellas, la de una madre que llamaba a su hija por teléfono para charlar, buscando esa calidez, ese compartir algo que atenuara un momento de soledad en casa. Su hija, ocupada en otros

www.filmotecadeandalucia.es
informacion.filmoteca.ccul@juntadeandalucia.es
Medina y Corella, 5. 14003 Córdoba
Tel. 957 103 627. Fax. 957 740 016

menesteres, no tenía tiempo para ella.
Como hija, me sentí mal al releerlo. Vivo a casi mil kilómetros de mis padres y el teléfono forma parte de nuestra relación. A veces, cuesta encontrar el tiempo para devolverles una llamada, a pesar de que ellos siempre están ahí, atentos, para descolgar el teléfono al instante en el que se les necesita. Cómo corresponder algo así. Fue ese malestar el que me movió a seguir escribiendo, a preguntarme cuáles son las expectativas que, a menudo, solemos depositar en las relaciones con nuestros padres, en las relaciones con nuestros hijos: qué esperamos de ellos o ellos de nosotros; cuánto pensamos en el otro o en nosotros mismos; en qué momento hacemos concesiones o ponemos límites; cuándo somos necesarios o prescindibles.
Retomé la escena de la llamada y metí a aquella madre y a su hija dentro de la casa familiar. Empecé a moverlas por sus habitaciones para que emprendieran un viaje al territorio íntimo y contradictorio de los apegos. Quería mostrar, a través de los actos cotidianos de la convivencia, lo difícil que es encontrar ese frágil equilibrio en el que la independencia no suponga soledad ni la compañía dependencia. Es en la conquista de estos espacios propios y ajenos donde se urden la mayoría de los conflictos en las relaciones materno-filiares. Debemos ser para los hijos -decía Natalia Ginzburg- un simple punto de partida, ofrecerles el trampolín desde el cual darán el salto.
Me gusta colocar a los personajes en encrucijadas cotidianas en las que, sin certezas a las que agarrarse, tengan que decidir -y por tanto, dudar- qué es lo mejor y para quién. En la tesitura de estas (in)decisiones se abren grietas, laberintos y hasta descubrimos que tenemos deseos. A pesar de que los miedos, a menudo, los esconden de nuevo. El amor incondicional no necesariamente le vuelve a uno más fuerte.
Todo el proceso de escritura ha estado atravesado por la pregunta sobre cómo vivir la propia vida y manejar este amor que nos siembra miedos. De nuevo, parafraseo las reflexiones de Natalia Ginzburg sobre la educación de los hijos: *como padres, deberíamos tener una relación íntima con los hijos y, sin embargo, no mezclarnos violentamente en su intimidad. Encontrar el justo equilibro entre silencio y palabras.*

Hacer la película

Buscar ese justo equilibrio entre silencio y palabras ha sido, precisamente, uno de los trabajos más bonitos y delicados a la hora de hacer y pensar esta película, a la hora de trabajar con las actrices e intentar construir una estrecha -y casi mimética- relación entre sus personajes.
En las lecturas de guion siempre hablamos de los pequeños gestos que acompañan esos silencios y palabras y que contienen nuestras emociones más sinceras, seamos más o menos conscientes de ellas. Pensamos mucho en cuáles eran esos gestos, a la par valientes y cobardes, como lo son las palabras que tantas veces nos guardamos para proteger al otro y que, en otras ocasiones, se escapan hiriendo a quien solo velaba por nuestro cuidado.
Como cineasta, me interesa mostrar a personas normales en entornos cotidianos viviendo situaciones como las que todos vivimos. Por eso me suelen gustar películas sencillas que con argumentos mínimos hablan de la vida en su curso, impredecible.
Desde el principio trabajamos poniendo una especial atención a los detalles más simples, como preparar una cafetera por la mañana o abrocharse el pijama por la noche. Hay tantas maneras de abrir una cafetera y de ponerse un pijama que la vida misma, con sus conquistas y decepciones, sus misterios y contradicciones, podría contenerse entre estos dos gestos. Pero para conseguir el tono de la película era necesario medir mucho cada uno de estos gestos, ya que tanto a la madre como a la hija les cuesta ser sinceras por miedo a preocupar o defraudar a la otra. Queríamos construir un clima de mucha ternura y complicidad entre ellas y, a la vez, cargarlo de mentiras ingenuas y torpes con las que fracasar en el empeño de sobreprotegerse. Esto ha implicado trabajar en dos direcciones, por un lado, las actrices tenían que meterse de lleno en las emociones más íntimas de los personajes y explorarlas hasta las últimas consecuencias y, por otro, llevarlas a la mínima expresión para esconderlas como si nada de eso estuviera pasando. Lola y Anna son dos actrices tremendamente sensibles e inteligentes que han conseguido crear algo profundo y delicado moviéndose en el terreno de las sutilezas. Este es un trabajo que precisa de mucha finura, tanto en el dominio de las emociones y sus resortes, como en la precisión de los gestos. Durante el rodaje, constantemente pasaban de ser dos personajes independientes (Estrella y Leonor) con sus propias personalidades, a fundirse en una única figura madre-hija, como si hubieran creado una especie de escultura conjunta de una materia muy vulnerable, capaz de transformarse con el leve roce de una respiración. Creo que fue muy valioso trabajar la relación materno-filial desde la sensación física de estar atrapadas en el sofá, tapadas por las faldas de una mesa-camilla que bien podría haber sido la prolongación del espacio uterino: estar bajo la misma falda, ser dos y a la vez una. Cuántas veces decimos una frase que le hemos oído repetir mil veces a nuestra madre y nos sorprende escucharla de nuestra propia boca. Cuántas veces descubrimos en nosotros un gesto habitual de nuestros padres u observamos en los hijos un rasgo que antes solo nos pertenecía a nosotros.
(…)

Celia Rico Clavellino.